

m e t r ó

DIA evadido de un hospital de pobres
para alumbrar las miradas
de todos los que sucumben fuera.

Sin posibilidades
de que amanezca una noche
de arco iris
— sin otros pensamientos —.

Luz amarillenta
luz de asfixia
en las profundidades del Metró.
Nada más aperitivo
para besar el polvo de una vez.

Llueven las alas muertas
—las anemias de tantos
no haber podido siempre—
y la elegancia lenta
de los que se pasean
sobre nuestras cabezas.

Uno se siente perseguido
por el dolor de los caminos.
Se huye. Y al fin quedan
la espada y la profundidad.

Seguirá gritando el cielo
ceniza y eclipse.
Abajo—entrañas de la tierra,
pútridas
—se estrangulan los vientos—
Remolinos de sótanos
junto a los ruidos férreos.

Relámpagos de los trenes
repletos de rebaño humano
cansado y pestilente

Y de las manos del vértigo
se escapa
una mortal corriente
de miedo
e-l-e-c-t-r-i-z-a-d-o.

Paris, 1928.

Armando Bazán